

Playa desierta

Es muy sencillo, consiste en que yo hablo y tú me escuchas. Para hacerlo más fácil te daré una pauta que te ayudará a reconocer el momento exacto en que estoy comentando una cosa importante: cada vez que diga algo trascendental, verás que me cabreo, que suelto tacos; así, por ejemplo, será vital que me escuches con atención si te digo que *te voy a matar* y añado *hijo de puta*.

Para ponerte en antecedentes te diré que cuando era pequeño mi abuelo me torturaba, que mis padres no le daban importancia y que el gilipollas de mi hermano se burlaba de mí. Te diré que en el colegio fui el foco de las risas de todos mis compañeros, primero por mis zapatones, después por mis gafas y luego por mi acné, un acné que me duró cinco años, hasta que acabé el instituto. Te diré que en el instituto se dejaron de reír de mí porque me cogieron miedo, decían que estaba loco, que no era normal que pasase todo el tiempo del recreo matando bichos. Después me puse a trabajar de lo que pillaba: de cocinero, de albañil o llevando cajas. Me hice grande, me puse fuerte, me dejé crecer la barba, cambié mis gafas por unas lentillas. ¿Me estás escuchando? No, no me estás escuchando. Te digo que cuando me hice mayor cambié, que pasé de ser un feo cabrón enano que mataba bichos en el patio a ser un feo cabrón bien grande que mata bichos como tú, hijos de puta como tú. Ahora sí escuchas.

Quizás no te interese la historia de mi vida porque crees conocerla, quizás sólo quieras saber de qué va todo esto, acabar rápido, llegar al final sin haber pasado por todo lo demás. Pues esto va de un tipo atado en una silla y de otro tipo con un cuchillo en la

mano, va de una víctima y un asesino, va de ti y de mí. Y, ahora, si no te importa, sigo contándote.

Me emborraché por primera vez a los diez años, probé la cocaína a los doce, me hice adicto a ella a los catorce, perdí la virginidad a los veinticinco y asesiné por primera vez a un subnormal como tú a los treinta. Pasé treinta años de mi vida sin saber lo que era matar y, cuando lo hice por primera vez, supe que ni el alcohol, ni la droga, ni el sexo podían superar la sensación de quitar una vida. Matar significa poder absoluto, significa estar por encima de cualquier otro ser humano.

Mi primera víctima era un viejo de unos sesenta años, bigote canoso, cara sonrosada y poco más de metro sesenta. ¿Te suena la descripción? Claro que te suena. Parece que esté hablando de ti, ¿verdad? Y también parece que hable de mi abuelo, del cabrón del abuelo. ¡Vaya! ¿Te das cuenta? Mi primera víctima, tú, el abuelo... ¿Hemos hallado un patrón? Increíble, nunca se me hubiese ocurrido. Sería mucha casualidad que vosotros tres y los otros cuatro mamones a los que me cargué fueseis iguales sin motivo.

¿Ves esta foto? Son tu mujer y tus hijos. Igual sin gafas no la ves; te la acerco. No, no, no llores, no apartes la cara. ¡Joder! Mírala bien, presta atención: si te dejas matar tranquilamente, tu familia vive; si me lo pones difícil, me encargaré de torturar, violar y descuartizar a todos ellos, incluido tu hijo pequeño. ¿Te das cuenta? Vas a salvar tres vidas. Sonríe, hombre. ¡Mira qué carita tiene el bebé! ¿Por qué no sonríes?

Imagina que no estás en este sótano, cambia las paredes enmohecidas por una playa desierta, el aire denso por una brisilla y el hedor a sangre putrefacta por ese olor a salitre

que, seguro, tanto te gusta. Ahora respira: Nhhh... ¿Lo notas? Es maravilloso. Cuando te esté clavando el cuchillo, hazme un favor, vuelve a imaginar que estás en esa playa. Y deja de llorar, que pareces la puta de mi madre.

De mamá no te he hablado, ¿no? Sólo te he dicho que tanto ella como papá ignoraban las torturas del abuelo. Verás. El problema era su carácter, era intratable; igual estaba llorando que se ponía a gritar o se cagaba en todos nosotros. La abuela le decía, *Hija, parece que siempre tengas la regla*, y en la familia todos reían, menos yo, que ni lo entendía ni tenía ganas de reír; tampoco hubiese reído ahora, me parece un chiste de mierda, pero bueno. Mamá no me pegaba, eso era cosa de papá y del otro, pero me insultaba, no se creía lo que le contaba sobre el abuelo, o si se lo creía hacía como que no, y me llamaba *el pequeño mariquita*. A su otro hijo le llamaba *el gran hombretón*, lo de mariquita era un apelativo que se guardaba sólo para mí. La odiaba con todas mis fuerzas, no te puedes imaginar cuánto la odiaba.

Te cuento todo esto para que, de alguna forma, entiendas mis motivaciones. Tú date cuenta de que, tras todo el maltrato al que me vi sometido, no se me permitió matar al abuelo, tuvo que llevárselo el cáncer, un cáncer al que no habían humillado, apalizado y violado en decenas de ocasiones. Pero ahora tengo en ti, como tuve en otros, la oportunidad de vengarme, de hacerlo una y otra vez hasta que me canse, hasta que me pillen o hasta que me muera.

Mira, este es el cuchillo que te va a quitar la vida. No corta muy bien y la punta está un poco doblada, como puedes observar, pero eso le añade gracia al asunto. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué te mueves tanto? Seguro que si no llevases esa mordaza me estarías

diciendo que... a ver... ¿Que te arranque los ojos? Ah, ¿Eso no? Pues, a ver, ¿me estarías diciendo que te apuñale hasta gastar el filo? Tampoco. Vale, vale, no es para ponerse así, deja de moverte y de llorar. Sigamos jugando. Me dirías... ¿Que me quieres? ¿Sí? ¿Eso sí lo estarías diciendo? ¡Qué tierno! ¿Que te perdone? También, ¿Que no te mate? También, ¿Que fui el mejor hermano? También, ¿Que no es tu culpa parecerte al abuelo? ¡Ah! ¡Ah! Esa es buena, sí señor. El niño que nunca rompió un plato, el ojito derecho de toda la familia, el que ayudaba a su abuelito a maniatar al hermano malo, a mí, el que hacía correr rumores sobre mí allá por donde íbamos, el que se reía cuando me veía ensangrentado, llorando en nuestra habitación, el gran hombretón, el gran hijo de puta; te recomiendo que comiences a imaginar esa playa desierta.

Sergio Linares